

Martin Suter

El último Weynfeldt

Traducción de Txaro Santoro



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Der letzte Weynfeldt
© Diogenes Verlag AG
Zürich, 2008

swiss arts council
Publicado con la ayuda de **prohelvetia**

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Mujer desnuda frente a la salamandra» (detalle), Félix Vallotton, 1900

Primera edición: abril 2011

© De la traducción, Txaro Santoro, 2011
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7560-7
Depósito Legal: B. 358-2011

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

Para Ana y Antonio

Y en recuerdo de Daniel Schmid

—No lo hagas —quiso decir, pero no le salió.

Manténía la vista fija en los puños blancos y pecosos de la mujer. Estaban tan aferrados a la barandilla de hierro forjado que los nudillos se veían más blancos aún. No se atrevía a mirarla a los ojos. Ella le había escogido como testigo y él tenía la esperanza de que, sin un contacto visual, considerase demasiado impersonal saltar al vacío.

Entre el suelo del balcón y la barandilla veía sus pies descalzos. Tenía cada una de las uñas de los pies pintada de un color. Era algo que ya le había llamado la atención la noche anterior. Rojo, amarillo, verde, azul y violeta las del pie derecho y en orden contrario las del pie izquierdo: violeta, azul, verde, amarillo y rojo. De modo que los dos dedos medianos lucían el mismo color, el verde.

Con las uñas de las manos no había seguido el mismo juego. Todas llevaban esmalte transparente y en el espacio que sobresalía de la carne tenían una franjita pintada de blanco por la parte interior. No las veía en aquel preciso instante, pero lo recordaba. Adrian Weynfeldt era una persona con gran retentiva visual.

La blancura de los puños se oscureció un poco, lo cual significaba que había aflojado la presión.

—No hay más de diez metros —se apresuró a decir—. Quizás sobrevivas, pero será mejor que no te imagines en qué estado.

Los puños volvieron a ponerse muy blancos. Weynfeldt arrastró el pie izquierdo hasta la altura del derecho, que adelantó medio paso.

—¡Quédate donde estás! —le dijo la mujer.

¿Se llamaba Gabriela? No lograba recordarlo. La capacidad para recordar nombres no iba a servirle de mucho.

—¡De acuerdo! Me quedo donde estoy, pero tú también.

La mujer no contestó, pero sus puños siguieron blancos.

Tras las ventanas del edificio de oficinas con fachada neorrenacentista que había enfrente, las luces solían estar encendidas ya casi todo el día. Pero aquel día estaban apagadas. Era domingo. Un domingo por la mañana temprano. Las calles estaban desiertas. Los tranvías pasaban a grandes intervalos y sólo de vez en cuando se dejaba oír un coche. Weynfeldt se estremeció al imaginar que aquella escena pudiera haber tenido lugar un día laborable. La mujer llevaba puesto un sostén negro y una minúscula braguita a juego. En cualquier caso, esperaba que la lona verde, colgada por delante de la barandilla como protección ante miradas indiscretas, la tapara de cintura para abajo. Ella ya estaba allí fuera cuando él se despertó.

No sabía qué le había despertado. No había sido ningún ruido, quizás el perfume desconocido. Se había quedado un rato allí tumbado, con los ojos cerrados, intentando recordar su nombre. Su rostro lo tenía totalmente presente.

Un poco más delgado, tal vez; un poco más resolutivo, un poco más desilusionado, pero con la misma piel clara y pecosa, los mismos ojos verdes, un poquito rasgados, el mismo pelo rojizo y, sobre todo, la misma boca, cuyo labio superior apenas se diferenciaba, en la forma, del inferior.

Era el rostro que desde hacía tantos años intentaba olvidar y recordar.

Adrian Weynfeldt había pasado la tarde del sábado como siempre: con el grupo de sus amigos mayores. Contaba con dos círculos de amigos, que no tenían puntos de contacto entre sí. El primero lo formaba una serie de personas quince años más joven que él, o incluso más. Entre ellos era considerado un tipo algo extravagante, alguien en quien se podía confiar, de quien podían reírse un poco, que pagaba discretamente la cuenta del restaurante y que echaba un cable, de vez en cuando, si se atravesaba una mala racha económica. Aunque le trataban como a uno más, con bastante desenvoltura, se recreaban secretamente con el brillo de su antiguo apellido y de su dinero. Con ellos iba a clubs y salones a los que no habría ido solo por considerarse demasiado mayor.

El segundo círculo de amigos estaba compuesto por personas que habían conocido sus padres o que, al menos, procedían del entorno de amistades de sus progenitores. Todos pasaban de los sesenta, algunos incluso de los setenta, y un par de ellos ya habían alcanzado los ochenta años, pero pertenecían a su generación. Los padres de Weynfeldt eran más o menos de la misma edad que los de aquellos conocidos suyos, pues él había sido un hijo tardío, nacido de una pareja que había pasado mucho tiempo sin descendencia. Cuando llegó al mundo, su madre

tenía cuarenta y cuatro años, y ya iba a hacer cinco que había muerto, a la edad de noventa y cinco, el mismo día en que él cumplió los cincuenta.

Amigos de su edad no tenía.

Así que había pasado la noche del sábado con sus amigos mayores en el Alte Färberei, un buen restaurante burgués de una casa gremial del casco viejo de la ciudad que se hallaba a menos de diez minutos a pie de su casa. Allí había estado con el doctor Widler, el viejo médico de cabecera de su madre, que en los últimos meses había ido cayendo en un estado de apatía, había adelgazado dos tallas y parecía como perdido dentro de sus trajes hechos a medida, y con la esposa del doctor, una mujer muy animada, siempre maquillada, peinada y vestida de un modo impecable, a la que aún le divertía el contraste que producían sus modales de figurita de porcelana con el lenguaje salpicado de tacos y expresiones ordinarias que utilizaba.

También había estado en la cena Remo Kalt, primo suyo por parte de madre y viudo desde hacía poco. Remo tenía setenta y cinco años e iba con un traje negro con chaleco, llevaba reloj de oro con leontina y lucía un bigote corto, a lo Thomas Mann, como si viniera directamente de posar para un retrato de Ferdinand Hodler. Remo era administrador fiduciario. Había gestionado los bienes de los padres de Weynfeldt y seguía haciéndolo con los del hijo. Adrian podría ocuparse de sus bienes él mismo, pero no tenía corazón para quitarle a Kalt aquella última actividad. Muchos errores no podía cometer. La suya no era una fortuna gigantesca, pero sí tenía una base sólida y estaba invertida con enfoque conservador y a largo plazo.

En el restaurante habían pedido el estofado bernés que en invierno siempre figuraba en la carta los sábados

por la noche. El doctor Widler apenas había probado bocado, mientras que su esposa, Mereth, que en los casi ochenta años de su existencia había pasado de juncal a delgada para acabar siendo flaquísima, se había dejado servir dos veces de todo: tocino, lengua, salchicha y carne ahumada. Kalt no le había ido a la zaga y Weynfeldt había cenado como un hombre al que todavía le importa su apariencia.

Había sido una velada agradable, aunque un poco forzada. Forzada porque las provocaciones de Mereth Widler ya estaban muy manidas y, más que nada, porque sobre los comensales planeaba la certeza de que podía ser una de las últimas ocasiones en que el doctor les acompañara a la mesa.

Los Widler se despidieron temprano. Weynfeldt aún se bebió *one for the road* con Remo y poco después, cuando se les acabó el tema de conversación, Kalt pidió un taxi.

Weynfeldt esperó con él a la puerta del restaurante. Era una noche primaveral, demasiado tibia para el mes de febrero. El cielo estaba claro y la luna, casi llena, brillaba alta sobre los tejados empinados del casco viejo de la ciudad. En la callejuela sólo había una mujer mayor con un perrito spitz inquieto al extremo de la correa. Los dos observaron en silencio cómo la mujer se dejaba llevar de paseo por su perro, se detenía cuando él se dedicaba a olisquear algo, aceleraba el paso cuando él quería seguir y cambiaba de rumbo cuando el perro decidía cruzar.

Por fin, por la esquina aparecieron las luces redondas de dos faros y, acto seguido, un taxi, que se dirigió hacia ellos lentamente hasta detenerse a su altura. Se despidieron con un apretón de manos formal y Weynfeldt se quedó mirando cómo se alejaba el coche con el indicador lu-

minoso apagado cuyas luces de freno se encendieron antes de enfilarse la calle principal.

El camino para volver a su casa discurría durante un trecho junto al río y pasaba luego por delante de La Rivière, local por el que a aquella hora –aún faltaba un poco para que dieran las once– se le hacía difícil pasar de largo. Entró, como tantas veces había hecho los sábados por la noche después de cenar con el grupo de sus amigos mayores.

Dos o tres años atrás La Rivière aún era una confitería un poco anticuada. Pero luego se hizo cargo del establecimiento uno de los muchos hosteleros de la ciudad y lo convirtió en un bar de copas muy americano. Allí se bebían martinis, manhattans, daiquiris y margaritas en copas sencillas, preparados por alguno de los dos barmans que, vestidos con chaquetillas de color huevo, servían en la barra. Los sábados por la noche, un trío tocaba con sordina clásicos de Smooth Jazz.

En aquellos momentos aún había poca gente, pero la situación cambiaría en el cuarto de hora siguiente, cuando cerraran los cines. Weynfeldt se sentó en su sitio habitual, el primer taburete junto a la pared. Desde allí podía observar todo lo que sucedía a su alrededor y no tenía más que un solo vecino de asiento. El barman ya le conocía y le trajo un martini, del que sólo se tomaría la aceituna. Weynfeldt era un bebedor muy moderado.

Tampoco tenía tendencia a cometer ningún otro exceso. Cuando, camino de su casa, entraba en cualquier bar, no lo hacía como otros solterones en busca de charla, calor humano o sexo. No sufría con la soledad. Al contrario, la disfrutaba. Le gustaba estar solo. Cuando, a pesar de todo, buscaba compañía, lo hacía más bien para contrarrestar su propensión al aislamiento.

El asunto del sexo era algo secundario en su vida des-

de un episodio –o, mejor dicho, desde un golpe del destino– de su juventud.

Por eso, el rumbo que tomó luego aquella velada fue cualquier cosa menos típico en la vida de Adrian Weynfeldt.

Apenas acababa el barman de ponerle su martini cuando entró en el local una mujer que se dirigió a la barra, dejó el abrigo y el bolso en el taburete de al lado de Weynfeldt, se sentó en el siguiente y pidió un gin-fizz.

Llevaba una blusa de seda verde china entallada, de cuyas mangas cortas y estrechas asomaban sus brazos blancos. La falda estrecha era negra, y los zapatos de tacón alto, de un verde parecido al de la blusa. Tenía el pelo largo y rojizo, recogido con un pasador de imitación de carey por encima del fino cogote, que dejaba a la vista el cuello alto de la blusa.

Hasta aquel momento no había vuelto la cabeza hacia ningún lado, pero cuando el barman le puso la bebida delante, la levantó e hizo un gesto de brindis en dirección a Weynfeldt. No esperó a que también él levantara su copa y le devolviera el gesto, pero, después de beberse la mitad del cóctel de un solo trago, le miró y le sonrió.

Weynfeldt conocía aquella sonrisa.

Tanto le sobresaltó que se llevó el martini a los labios y se lo bebió de un trago. La mujer que le estaba sonriendo tenía un parecido tan enorme con Daphne, que le chocó muchísimo que no se dirigiera a él en inglés –aquel inglés suyo, tan melodioso, con notas galesas– y que en cambio pronunciara «¡Salud!» sin el menor acento. Su voz rompió un poco el encantamiento y atenuó la impresión de tener al fantasma de Daphne a su lado. Sobre todo, porque el gin-fizz no era la primera bebida alcohólica que se tomaba aquella noche la dama en cuestión, razón por la

cual tenía la lengua un poco estropajosa, y Daphne no había bebido jamás.

–Si no quiere la aceituna –le dijo la mujer–, puedo liberarle de ella.

Weynfeldt le acercó su copa vacía. Ella agarró el palillo y se metió la aceituna en la boca. Mientras masticaba, estudió su rostro con gran desparpajo. Luego, escupió el hueso en la palma de la mano y lo dejó caer en la copa vacía. A continuación, se acabó su bebida.

–Me llamo Lorena –dijo.

–Adrian Weynfeldt –contestó él, dando nombre y apellido, porque no era de los que tuteaban a la gente con facilidad.

Lorena cogió el bolso –un bolso usado, sencillo, sin marca, de cuero negro–, sacó una cartera gastada, la colocó sobre la barra, contó a media voz el dinero que contenía y volvió a guardarla en el bolso.

–¿Cuánto es el gin-fizz? –preguntó al barman.

–Dieciocho.

–Entonces me llega para tres.

–Si me lo permite –intervino Weynfeldt–, yo invito a las copas.

–Se lo permito, pero nunca bebo más de lo que puedo pagar yo misma. Es una vieja norma para mujeres solas.

–Muy sensata.

–Si es muy sensata, la retiro. La sensatez es cosa de viejos. ¿Me pides otra copa?

Weynfeldt pidió otro gin-fizz.

–Y un martini para el caballero.

El barman miró a Weynfeldt, que se encogió de hombros y asintió.

–No tienes por qué bebértelo –dijo Lorena–. La sensatez en los hombres queda bien.

—¿Y no pareceré viejo?

—Es que tú ya eres viejo.

Weynfeldt acompañó a Lorena mientras se bebía cuatro gin-fizz. Su martini permaneció intacto junto a su codo. Cuando ella quiso pedir el quinto, él insistió en acompañarla a casa y pidió un taxi.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista a Weynfeldt.

—¿Adónde vamos? —preguntó Weynfeldt a Lorena.

—Ni idea —contestó ella.

—¿No sabes dónde vives? —preguntó, dejando a un lado su prevención frente al tuteo.

—No sé dónde vives *tú* —contestó Lorena, con los ojos semicerrados.

Y así ocurrió que, tras no sabía ya cuántos años, Adrian Weynfeldt llegó a su casa, bastante después de medianoche, acompañado de una mujer. Los empleados de seguridad tendrían un motivo de complacencia cuando pasaran las grabaciones del vídeo.

Abrió la pesada puerta de la entrada, dejó pasar a Lorena, la apoyó en la pared y se volvió para cerrar de nuevo la puerta sin dejar de observarla, porque su invitada podía perder el equilibrio en cualquier momento. Sacó su tarjeta identificativa de la cartera, la pasó por la ranura que había junto a la puerta de seguridad interior, condujo a Lorena al ascensor, que también se accionaba con la tarjeta, y subieron al tercer piso.

El piso de Weynfeldt se hallaba en un edificio de 1870 —una década de gran auge empresarial—, situado en una zona céntrica inmejorable. Lo había heredado de sus padres. Cuando éstos aún vivían, una entidad bancaria había alquilado la planta baja y había instalado sus oficinas en las cuatro plantas restantes. Las medidas de seguridad del banco resultaban a veces un poco molestas, pero no le

venían del todo mal a Weynfeldt, ya que albergaba en su piso una valiosa colección de arte suizo del siglo XIX y primera mitad del XX.

Nunca había hecho caso de las periódicas propuestas del banco, al que le habría encantado incorporar su piso al negocio y que, para ello, intentaba seducirle ofreciéndole viviendas en entornos más tranquilos. Exceptuando la época del internado y el año pasado en Londres, toda su vida había transcurrido en aquella casa. De niño utilizaba un cuarto cercano a las estancias de sus padres, pero según iba haciéndose mayor, se alejaba a otras habitaciones más periféricas de aquella vivienda que tendría sus buenos quinientos metros cuadrados. Cuando aún era estudiante, se hizo una reforma en el piso y las habitaciones de servicio quedaron convertidas en un apartamento con cocina. El ama de llaves se instaló en una de las tres habitaciones para invitados. Otra de ellas habría de utilizarse poco después para acomodar a su padre, que a los setenta y cinco años empezó a necesitar cuidados permanentes.

Los casi veinte años que la madre sobrevivió al padre también los pasó en aquel piso, con una atención de veinticuatro horas al día durante los cuatro últimos. Poco después de su muerte, Weynfeldt encargó a un arquitecto del grupo de sus amigos más jóvenes que cambiara los espacios de modo radical. Éste transformó las anticuadas salas de baño y los cuartitos de los retretes en cuartos de baño de diseño, con cristales arenados, cromados mate y granito gris; sustituyó el ruidoso parqué de nogal por una tarima de roble; pintó las paredes y las molduras de blanco o de gris y liberó toda la casa del olor a rancio de los últimos cien años.

Hizo que se llevaran a un almacén la mayor parte de los muebles que tenían sus padres. Sólo conservó en la

casa alguna pieza excepcional y amuebló las habitaciones con su creciente colección de muebles de diseño suizo de los años veinte, treinta, cuarenta y cincuenta.

Ése era el piso al que estaba invitando a entrar a la más que achispada Lorena, que ya en el recibidor dejó caer el abrigo y el bolso al suelo, mientras exclamaba: «¡Guau!»

Durante su recorrido por el piso volvió a lanzar la misma exclamación un par de veces más: «¡Guau! Parece un museo» y «¡Guau! ¿Vives aquí tú solo?».

La inspección del piso pareció devolverla a un estado de mayor sobriedad. En el despacho de Weynfeldt, una habitación muy amplia que daba al patio interior, con un frente acristalado de suelo a techo, instalado durante la reforma, preguntó:

—¿Y esto?

—Es donde trabajo.

—¿Y qué haces?

—Trabajo para Murphy's. Soy experto en arte suizo.

—¿Y qué se hace ahí?

—Peritajes, asesoramiento en subastas, edición de catálogos, etcétera.

—Suena aburrido.

—Pues no lo es.

—Por eso tienes todas estas piezas de arte...

—No, es al revés. Como me gustan esas cosas, elegí esta profesión.

—¿Y hay algo de beber en este palacio?

—Sólo bebidas sin alcohol.

—No será verdad...

—¿Qué te apetece?

—Lo mismo que tomes tú.

—Entonces, una infusión de verbena.

Cuando volvió con la bandeja, ella no estaba en el despacho. Tampoco en ninguno de los salones. Por fin, la encontró en su dormitorio. Estaba tumbada sobre la cama, en bragas y sostén, y parecía dormida.

Weynfeldt fue al cuarto de baño, se duchó y se puso un pijama limpio, como todas las noches. Tenía catorce pijamas, todos procedentes de su camisería a medida y todos con sus iniciales bordadas. Seis eran azul claro, para los días pares; seis, a rayas blancas y azules, para los días nones, y dos, blancos, para los domingos. Era uno de esos pequeños caprichos con los que le daba un poco de lujo y otro poco de orden a su vida. Porque era de los que creían que mantener cierto orden prolongaba la vida.

También existía la teoría contraria: el orden hacía que los días fueran monótonos. Y cuanto más se repetían los acontecimientos y costumbres, más similares resultaban los días y, por lo tanto, también los años. Hasta que toda la vida le parecía a uno un solo año.

Weynfeldt estaba convencido de lo contrario. Cuanto más a menudo se hacían las mismas cosas, se visitaban los mismos lugares y se encontraba uno con las mismas personas, menores resultaban las diferencias. Y cuanto menores eran las diferencias, más imperceptiblemente pasaba el tiempo. Alguien a quien uno ve todos los meses en lugar de una vez al año, parece que tenga siempre la misma edad. Y uno también les parece de la misma edad a los demás.

El orden hace que el tiempo transcurra más despacio. Weynfeldt estaba convencido de ello. Los cambios podían hacer la vida más fecunda en acontecimientos, pero, con toda seguridad, la hacían más corta.